

He aquí la circunstancia. La escasez, predicha por José para Egipto, se hace extensiva á la moderna Siria, en que se hallaba enclavada la antigua tierra de Canaan. Jacob, sin duda picado por el hambre, dice á sus hijos: «¿Por qué os estáis mirando?» de donde podría deducirse que éstos debían estar dispuestos á dejarse morir de necesidad, y les manda á todos ellos ir á Egipto á comprar trigo, quedándose sólo con el más pequeño, Benjamín.

A cualquiera se le ocurre que para ir á comprar trigo tan lejos bastaban un par de hombres con unos cuantos criados y camellos. Pero aquí es necesidad del cuento que vayan los diez hijos de Jacob, cada cual con su borriquillo á comprar un saco de trigo á Egipto, y allá van los diez, que comerían en el viaje de ida y vuelta, á paso de asno, el costal de trigo que podían traer, pues se me figura que si el mapa no se ha cambiado por algún milagro de los muchos que la *Biblia* relata, de Jerusalén á Alejandria, un burro no echaría menos de dos meses, á regulares jornadas, notando que á la vuelta iba cargado.

Los mercaderes ismaelitas que compraron á José llevaban para el comercio de aromas sendos camellos: camellos tenía Jacob de casa de Laban. ¿Por qué no los llevan los hermanos hebreos en su viaje, en busca de trigo, á Egipto? Pues sencillamente, porque el asno es el animal favorito de la *Biblia*, que más adelante hasta hace hablar á una borrica, y un cuento clásico bíblico exigía el burro.

\* \* \*

Montados, pues, en sus borricos, los diez hijos de Jacob llegan á Egipto. José, que por sí mismo, á lo que parece, debía vender el trigo, los ve, y tan pronto como los ve, los reconoce. Ellos, en cambio, no conocen en Zafnat-Paneah al hermano que vendieron á los ismaelitas, lo cual, tratán-

dose de diez hombres, es cosa bastante original y que hace muy poco honor al talento fisonómico de estos caballeros patriarcas.

Un hombre generoso y de corazón, que después aparece tan excelente hijo y tan espléndido hermano, á la vista de estos diez desdichados, que se postran en tierra á su presencia, dando al olvido fundados resentimientos, hubiéralos recibido en sus brazos sin poderse contener.

Las cosas pasan de muy distinta manera, para alargar la narración y hacerla más complicada y dramática. José acusa á sus hermanos de espías, y los mete por tres días en la cárcel, acción donde resplandece la crueldad, tanto, por lo menos, como la mentira y la bajeza.

«Enviad uno de vosotros para que me traiga á vuestro hermano, les añade, quedándoos los demás presos, para, de este modo, averiguar si decís verdad.»

Los pobres hebreos, aterrados ante esta infame suposición, no sé si hubieran, al fin, aceptado estas proposiciones; pero José, cambiando de plan, les dice que se contenta con que quede uno preso y vayan los nueve restantes á traer al hermano menor, que dicen ha quedado con Jacob en Canaan. Así se hace: queda en rehenes Simeón, y se van los otros de mesón en mesón á Canaan, con sus nueve sacos de trigo, en uno de los cuales hallan con sobresalto el dinero que les habían costado.

En todo este pasaje, José, en vez de un venerable patriarca, profeta, superintendente de Hacienda, fundador de tribus, me parece un miserable y un embustero; se me figura un gatazo jugando con diez ratoncillos indefensos, que su destino fatal ha puesto al alcance de sus uñas.

\* \* \*

Llegados á presencia de Jacob, los hijos cuentan al padre las cosas extraordinarias que les

han sucedido en Egipto, y al vaciar cada cual su saco, hallan en ellos su dinero íntegro, lo que les produce una sorpresa tonta, pues ya anteriormente lo habían visto en un mesón, y hasta se habían sobresaltado todos.

Este sobresalto trasnochado lo tengo por un ripio de poesía.

Jacob, como buen padre, llora á José y acusa á sus hijos de irle mermando los *idem*, puesto que ahora le han trasconejado á Simeón. De modo que el escamado patriarca, receloso de que sus hijos se coman unos á otros, cuando sabe que para volverlos á enviar por trigo á Egipto tiene que soltar á Benjamín, dice que nones, y sólo cede al hambre que se reproduce y á las vivas instancias de Ruben, que le dice:

—Mata mis dos hijos si no te vuelvo á Benjamín.

Esto de dejar á un abuelo dos nietos en rehenes, por un hijo, es de lo más disparadamente bufo de la literatura universal.

Poca fe debían merecer á Jacob las promesas del salteador de su lecho; mas habla Judá, fiando á Benjamín, é Israel entrega á sus hijos el hermano que reclaman y envía á todos por trigo otra vez, mandando de paso al incógnito gobernador de Egipto un regalo de nueces y almendras, mirra, miel y aromas.

\*  
\* \*

Llegados á presencia de José, éste, á la vista de Benjamín, como él hijo de Raquel, se conmueve y ordena á su mayordomo que se los lleve todos á casa, donde les da un banquete, les interroga y llora. Los nobles sentimientos se le imponen; pero aún juega á sus hermanos una pasada más que mediana y les pone á punto de desesperación.

Les llena los sacos; háceles meter en ellos su dinero, y por añadidura, en el saco de Benjamín

hace poner la copa de oro en que bebía. Les despiden con mucha mónita; pero apenas han abandonado la incógnita ciudad en que pasan estas escenas, cuando hace salir en su seguimiento soldados que los detienen y los prenden, acusándolos de ladrones.

Los hijos de Jacob, que debían tener telarañas en los ojos para no ver los cubileteos que hacían en sus sacos de trigo, inocentes del crimen de que les acusan, descargan los sacos y los abren confiados.

Al ver el dinero en todos, y la copa en el de Benjamín, se entregan á la desesperación y, como es de rúbrica en la *Biblia*, *rasgaron sus vestiduras*, que afortunadamente, por lo del patriarca Judá cuando lo de Tamar, podemos deducir que valdrían muy poco dinero. Pero aunque rasgando sus vestiduras la economía perdiera poco, la moral no debía salir muy gananciosa, pues al volver á la ciudad, como volvían, no debieron hacerlo en muy pudoroso estado, á menos que esto de rasgar las vestiduras sea una figura retórica, como sospecho, pues en la *Biblia* todos los que tienen un disgusto las rasgan; que no parece sino que todos estos personajes bíblicos son unos locos de atar ó unos chiquillos coléricos, llenos de comezón por verse en pelota ó desgreñados.

## IX

Trataré de acabar con la historia de José y con el examen del *Génesis*, que advierto se va haciendo pesado. Aunque, bien meditadas las cosas, la pesadez tal vez proceda más del asunto que de mi gusto. Ninguna necesidad tiene, á mi entender, ninguna persona nacida ni por nacer, para vivir justa, honrada y religiosamente, de saber al por menudo, como en este libro se cuentan, historietas tan fabulosas como inmORALES. Mas, contra esta opinión, mantienen

los católicos, lo mismo que los protestantes y judíos, que para el verdadero conocimiento de Dios es fuerza escudriñar las escrituras sagradas; y ya que á ello me he expuesto, voy á escudriñarlas hasta en sus senos más recónditos, patentizando á todo espíritu libre y reflexivo la verdad de nuestro aserto: esto es, que la *Biblia* es un libro desprovisto por completo de verdad como historia, de método como narración, de análisis como filosofía, en el cual ningún conocimiento sólido encontramos acerca de la divinidad, ni descubrimos reglas ciertas y universales de moral privada ó pública, sino en muy limitadísimos pasajes, que tendré gran cuidado en poner de relieve á la admiración y respeto del lector, como los tengo puestos á la mía propia: que lo bueno y justo admiración y respeto merece, esté ó no esté en la *Biblia* consignado, y aunque en ésta se encuentre rodeado de circunstancias falsas de toda falsedad, y de toda imposibilidad imposibles.

\* \*

Digo, pues, volviendo á mi cuento (digo, al cuento de José), que después de reprender á sus hermanos por el robo de la copa y del dinero, bachillería que á estos traídos y llevados patriarcal les pone los pelos de punta, dado que no fueran calvos, les dice que, en castigo del hurto, se queda con Benjamín, el codiciado Benjaminito, afortunada criatura á quien todos en esta leyenda se disputan.

Judá, que debía ser el orador de la familia, toma la palabra y echa un discurso patético, pero completamente inoportuno, pues nos dice, palabra por palabra, todo lo que ya sabemos acerca de sus idas y venidas á Canaan y la fianza que han hecho de Benjamín.

José, que tantas trastadas ha jugado á sus hermanos, cree llegado el momento de comoverse,

y, en efecto, llora y se da á conocer. Armase el natural jolgorio, y seguidamente José regala á sus hermanos vestidos, los llena de trigo y dinero, prepárales carros, etc., y les mete gran prisa para que se vayan á Canaan á traerle al viejo Jacob y toda su gente. ¡Gracias á Dios! Hay que exclamar al llegar á este versículo. ¡Gracias á Dios que ha salido el argumento! Por aquí se debía haber comenzando: todo lo demás huelga en este libro.

Jacob va con todos los suyos, que son sesenta y seis personas, á Egipto, y por influencia de José, le permite el Faraón reinante, que no se dice siquiera á que dinastía pertenecía, establecerse en la tierra de Gosen. Establécense, pues, sesenta y seis israelitas, más José y dos hijos suyos, que hacen sesenta y nueve para cualquier matemático y *setenta* para el *Génesis*, en un tiempo que no se determina ni es posible determinar con rigor, en una tierra de que se hacen muchas exageraciones, pero que no pasa de ser muy mediana, en las cercanías de Suez, y esto como pastores, por favor de los egipcios y en época de hambre para Canaan.

\* \*

Y he aquí, para mí la única verdad que contiene el *Génesis*: que los míseros israelitas, familia pastoril que vagaba por las orillas del Jordán, sea como esclava, por un hecho de guerra, sea hostigada por el hambre, si vale algo esta tradición, se establece á la vecindad del poderoso é inteligente pueblo egipcio, al que sirve y del que aprende. Cerrada por su carácter, y por sus ideas religiosas particularísimas, á la influencia egipcia, prospera en gentes en el trascurso de los siglos. Llega un día que se escapa, guiada por un hombre superior, y conserva de estos años de esclavitud un indeleble recuerdo. La imaginación popular, en este trascurso de siglos de esclavitud,

forja fábulas acerca de su ida al lugar del cautiverio de sus primitivos ascendientes, y del origen de su desgracia, y todos estos cuentos poéticos, tradicionales, en la pluma de un escritor inteligente, se trasforman en lo que acabo de examinar, que no puede ni debe tener ante la crítica más valor que los trabajos de Hércules, los héroes del sitio de Troya ó las aventuras de Telémaco, que nos relatan, muy convencidos, al parecer, de su autenticidad, los escritores más graves de la Grecia.

\* \* \*

El capítulo anteúltimo del *Génesis* es de oro para cerciorar á cualquier persona de buen juicio de lo que tengo dicho, negando que Moisés fuese su autor, así como también para dar su verdadero valor y significado á las palabras *profeta* y *profecía*, que tanto abundan en la *Biblia*.

Jacob, no hay duda para los creyentes, fué profeta. Mas, generalmente, se le tiene por uno de tantos, y hay que decirlo muy alto, esto no puede consentirse. Yo, perdóneseme esta debilidad, no creo en los profetas, ni creo que haya habido jamás un hombre que haya previsto un acontecimiento futuro por otra gracia que la inducción racional, como se preven ahora los eclipses, sin que á nadie se le haya ocurrido llamar por esto á los astrónomos profetas. Pero para quien crea que ha habido profetas por inspiración de Jehová, Jacob fué un profeta de tres pares de bemoles, y al lado de la suya, las profecías de Isaias, y las de Daniel, y las de Jonás, y las del mismísimo Jesús, hijo de Dios vivo, son profecías tamañitas.

Jesús, según cuentan los Evangelios, predijo la ruina del templo de Jerusalén, que, en efecto, se arruinó al poco de su muerte, y que de todas maneras, como obra de piedra y madera, había forzosamente, más ó menos tarde, de arruinarse.

¿Qué vale esto para lo que hizo Jacob al tiempo de morir?

Reune sus hijos al rededor de su cama, de cuya hechura, por desgracia, la *Biblia* nada dice, y les declara lo que sucederá en los días postreros. Postreros, ¿no son los últimos días? ¿A cuales, pues, se refiere?

Pues bien; el santo varón debía, por la vejez y el hambre pasada en Canaan, tener tan sutil la inteligencia, que á sus hijos les dice lo que le sucederá al pueblo que de ellos proceda cuatro siglos más tarde. Ya sabe que cada uno de ellos fundará su tribu; pero ¿qué digo? sabe ¡oh pasmo! que de estas tribus en estado de canuto, la tribu de Zabulon se establecerá á la orilla del mar; que la de Judá se erigirá en soberana de las otras, y que de ella saldrán los reyes; que la de Levi andaré esparcida entre las demás y vivirá de gorra, quiero decir, del sacerdocio. Y así, en lenguaje poético y cabalístico, va punto por punto haciendo un resumen de los caracteres y habitaciones que ocuparán las tribus siglos adelante, después de terribles guerras que durarán muchos años; resumen que debió costar poquisimo trabajo al autor del *Génesis* poner en boca de Jacob, acreditándose á sí propio de inocente al pretender pasase su obra por obra de Moisés, que ni entró en Canaan, ni pudo saber los caracteres de esta tierra, ni su definitiva repartición, ni que Judá no perdería el cetro. Acreditó á la vez á Jacob de tan gran profeta, que, excediendo á todos los demás, puede decirse que llegó á la sublimidad del *camelo*. Porque, ó se cree, ó no se cree. ¿Crees? Pues ya estás juzgado: para tí lo imposible no existe, y toda crítica es inútil. ¿No crees? El *Génesis* será para tí, como para mí, una poética explicación del origen del mundo, totalmente absurda ante la ciencia, y además, una serie de tradiciones del pueblo israelita, ni morales, ni bellas, por lo general, ni instructivas, ni condu-

centes al conocimiento del Sér Supremo; libro de valor puramente histórico-literario, trazado por una mano inteligente, en alguna de las reconstrucciones de Jerusalén, al frente de la legislación mosaica, con la intención altamente patriótica de restaurar en el pueblo hebreo la doctrina religiosa y la legislación civil que le dió vida y fortaleza, olvidada en luengos años de cautiverio. Sabios intérpretes suponen que esta mano fué la de Esdras, escriba, después del cautiverio de Babilonia. En su oportuno lugar examinaré este punto interesante, y que se refiere, por igual que al *Génesis*, á varios otros libros de la *Biblia*.

## X

EXODO se titula el segundo libro de la *Biblia*, nombre chocante y raro, pues da á significar esta palabra *salida*, ó más propiamente *escapatoria*, porque quien sale de país del modo que salieron los israelitas de Egipto, más que salir, lo que hace es escaparse.

Comienza este libro, cuya estrepitosa celebridad es debida á contener los más estupendos milagros que haya podido inventar la humana fantasía, y el más insigne Código moral que ha dictado la conciencia, con la reseña número 4 de los hijos de Jacob, los cuales nos dice que se murieron, así como sus hijos, nietos y biznietos, y el Faraón que tuvo á José por intendente. De aquellos doce pastores de cabras y ovejas, desciende un pueblo que á los cuatrocientos treinta años *llena la tierra*, según la retórica bíblica, y se hace, según la misma, mayor y más fuerte que los egipcios; afirmación vana y ridícula al frente de un libro cuyos capítulos todos traspiran un miedo cerval de los israelitas hacia los hombres de guerra de los Faraones.

Sigue á esta patriotería del autor un diálogo corto del rey egipcio con su pueblo, sumamente

chusco, y al diálogo la resolución faraónica de recargar la esclavitud de los hebreos para impedirles prosperar. *Empero, añade, cuanto más los oprimian, más se multiplicaban y crecían; máxima en que debieron empaparse los grandes déspotas, y que entregamos á la meditación de los sociólogos modernos.*

Mas viendo los egipcios que el agravarlos el trabajo, como, por ejemplo, negándoles la paja con que cocían los ladrillos, sin disminuirles el número de éstos que se les exigía, no daba resultado, llama el Faraón á las señoras parteras de las hebreas, cuyos nombres eran Séfora y Fua, y, deponiendo la gravedad propia de su condición de rey, les habla á la pata la llana, y les ordena la siguiente monstruosidad:

«Cuando parteáreis á las hebreas y miráreis los *asientos*, si fuere hijo matado: y si fuere hija, entonces viva.»

Estas palabras son una vil mentira; no se concibe un rey, menos un Faraón, capaz de esta orden. La historia antigua, que nos da cuenta de tantos horrores, no señala uno parecido que tenga vislumbre de auténtico. La orden, claro es, no se lleva á cabo, como que jamás se dió.

Las parteras, llamadas por el Faraón, que habla con ellas á como de igual á igual, mienten como unas bellacas, acción indigna, que recompensa Dios *haciéndoles casas*. Esta mentira premiada por Dios, no es la única que encontraremos en la *Biblia*: ya hemos visto mentir á Raquel y á Tamar, y ahora les toca el turno á Séfora y Fua. Y esto es lógico: un disparate trae otro. Al disparate histórico de la orden faraónica no podía seguir otra cosa que el disparate moral del premio de la mentira, la más baja acción del alma humana, que al mentir se niega á sí misma.

\*  
\* \*

Faraón, á quien se quiere pintar cruel y ho-

rrible, y sólo consigue el autor mostrar como tonto de remate, viendo que las parteras no le han obedecido, las deja tranquilas gozar de las casas que les había hecho Dios, y manda á los hebreos que tiren al Nilo todos los chicos que les nazcan, y se queden solamente con las muchachas.

Esta nueva invención sólo tiene por objeto rodear de poesía, un tanto terrorífica y acuática, el nacimiento de la más grande personalidad del pueblo israelita, hombre colosal, digno de eterna memoria y admiración: Moisés.

En la antigüedad era corriente rodear la cuna de los grandes hombres de circunstancias admirables, preparadas ó consentidas por la divinidad. Alejandro se cuenta que nació del trato de su madre con un dios en forma de serpiente. Rómulo, entre los romanos, se tuvo por hijo de un Dios igualmente. *Et sic de caeteris.*

Los hebreos, más racionales en esto que griegos y romanos, hacen nacer al fundador de su pueblo como se nace de ordinario, de una mujer casada con un hombre, ambos de la tribu de Levi. Pero poetas también á su manera, quiero decir, de una manera distinta que los autores clásicos, rodean el nacimiento de Moisés de fábulas. ¡Hermosa fábula en verdad, que ha inspirado magníficas estrofas!

Subsistía el terrible decreto de echar los chicos al Nilo. Ciertamente ningún versículo nos dice que el decreto se cumpliera, cuando viendo la madre de Moisés que su niño era monísimo (si hubiera sido feo la hacemos el honor de suponer que hubiera obrado del mismo modo), le tuvo oculto tres meses, al cabo de los cuales hace una arquilla de juncos, la calafatea perfectamente con pez y betún, lo que demuestra la venerable antigüedad de estos dos pegajosos ingredientes, y la pone en un carrizal á la orilla del río. Una hermana del abandonado niño atis-

ba desde lejos la arquilla, temblándole sin duda el corazón por temor de que algún cocodrilo se almorzase al expósito, cuando hete aquí que una señora princesa, hija de Faraón por supuesto, baja á bañarse al río, como si no tuviera baño en casa, ni miedo á los tiburones.

Al divisar la arquilla, manda la princesa á una de sus doncellas que se la traigan, ábrela, y, oyendo llorar al niño, se conmueve y le recoge. Mas ¿quién le va á criar? Aquí la hermana puesta de centinela, que se presenta á la princesa y le ofrece un ama de cría hebrea. Y, en efecto, la hija de Faraón, que sospecha que el expósito es hebreo, riéndose de la orden terrible de su papá, da á criar aquel niño á su propia madre, que de este modo se encuentra con su hijo y con las pesetas de la hija del rey infanticida. Crece el chico, la madre lo lleva á la princesa, ésta le prohija y le impone el nombre de Moisés, con que pasará á la más remota posteridad. declaro que encuentro sumamente bella está fábula para una oda, y que, en medio de ser fábula, algo enseña de útil, á saber: que Moisés, el caudillo y legislador hebreo, fué educado por una princesa egipcia, lo cual en plata significa, para mí, que este varón insigné aprendió del pueblo egipcio, el más adelantado é inteligente de aquella remota edad, cuanta ciencia este pueblo poseía, infiltrando más tarde entre sus compatriotas los principios de estas ciencias, reformados por su particular criterio personal y de raza sobre la divinidad. El gran principio de monoteísmo, que sirve de fundamento á su doctrina moral, heredólo de su pueblo: la base teocrática que dió á sus constituciones, procede, indudablemente, del Egipto, en que nació y se educó.

\* \*

Moisés es uno de esos hombres de luz que marcan época en su pueblo y en la humanidad

entera. Su educación egipcia no le hizo olvidar su origen israelita, ni las riquezas y opulencias de los palacios le corrompieron, antes exacerbaron su ánimo contra los que para obtenerlas agobiaban con mil vejaciones á sus infelices compatriotas.

Hombre entero y de brios, viendo un día apaleado á un israelita por un capataz egipcio, no pudo llevarlo en calma, y hallándose á solas con el agresor, lo acomete, lo mata, y para borrar las huellas de su delito, le entierra en la arena. Y como no trato de desconocer la grandeza de Moisés, paso de largo sobre este homicidio suyo, que es su primer hazaña, homicidio que reviste todos los caracteres del asesinato. Tomémoslo á hervor de sangre moza, calentada por una acción perversa, y que Dios nos guarde á los demás de estos hervores, que conducen en el día, al más pintado, al Saladero primero, y á Ceuta un poco más tarde.

Ve otro día reñir á dos hebreos, y reprende al agresor. Aquí se revela el futuro legislador; mas el reprendido le contesta despreciándole y manifestándose enterado del asesinato del egipcio. Moisés, atemorizado por conocerse su delito, huye á tierra de Madian, á Oriente.

En Madian hace conocimiento con un sacerdote y se casa con una de las hijas de éste. Largos años pasa apacentando en la soledad los ganados de su suegro, y en estos años, en su alma meditativa y de profunda penetración, debieron surgir los grandes y trascendentales pensamientos que más tarde realizó. Uno sobre todos se apoderó de su espíritu: la unidad de Dios. Conociólo como *el Sér*, dióle el nombre de Jehová, túvole por el Señor, el soberano de los cielos y de la tierra. Al dominio de este Sér todo está para Moisés sometido, lo mismo el cielo que la tierra, el mar que los hombres, los astros que los ídolos de los demás pueblos.

El fin del hombre en la tierra es glorificar á Jehová, según Moisés. Jehová, padre de todos los pueblos, ha elegido, sin embargo, al pueblo hebreo para que le sirva, y tiene la magnanimidad de dictarle los preceptos ó leyes que al efecto debe practicar, por intermedio del salvado de las aguas, con quien habla boca á boca.

Con estas ideas, maduras en largos años, Moisés se imagina el predestinado á fundar una nación predilecta de Dios, justa y fuerte. Ve á su pueblo en la abyección de la servidumbre egipcia, plagado de idolatrías, envilecido por la ignorancia y el forzado trabajo, y, ante todo, comprende que es preciso arrancarle de aquellas fatales condiciones, llevarle por largos años á la soledad del destierro, donde se regenere y discipline, para hacerle caer luego sobre alguna tierra de conquista en que se establezca y realice sus ideales.

¿Cómo un infeliz pastor podrá acometer tan gigantesca empresa? Rodeándose de misterio, imponiéndose con la magia á la muchedumbre, haciéndose servir por la elocuencia, diciéndose el representante y revelador directo de los mandatos de Jehová. Fiel á su propósito, se dedica á fabricante de milagros: hace que parezca arder una zarza, que con meter y sacar la mano en el pecho, ésta parezca leprosa ó sana; una vara se convierta en serpiente, y cuando ya se cree bastante adiestrado en estos ejercicios, que hoy han quedado, con otros mucho más difíciles y sorprendentes, relegados á la arena de los circos ecuestres, sale de Madian para Egipto, con su esposa y su hijo, decidido á sacar á su pueblo del cautiverio ignominioso de los egipcios.

## XI

A pesar de sus vastos proyectos y de sus intimidades con Jehová, *el señor del cielo y de la*

*tierra*, Moisés hace este viaje de Madian á Egipto en deplorables condiciones de comodidad. A Séfora, su mujer, y á su hijo, los hace montar en un asno (animal bíblico por excelencia), que con esta doble carga debía andar bastante despacio. El, *pedibus andando*, con la varita mágica que le había entregado Dios, caminaba detrás, meditando mucho para no desgastar los zapatos.

Y aconteció en el camino que en una posada le salió al encuentro Jehová, y quiso matarlo. Entonces Séfora cogió un afilado pedernal y cortó el prepucio de su hijo, y echólo á sus pies, diciendo: A la verdad, tú me crees un esposo de sangre. El Señor le dejó luego ir.

Suplico al lector que, aunque vea sin comillas el párrafo precedente, no me haga la injuria de suponerle invención ni redacción mía. La atrocidad y el estilo son íntegros del *Exodo*, en sus versículos, XXIV, XXV y XXVI del capítulo IV. No soy yo quien, en desprestigio y burla de la *Biblia* hago á Jehová un José María semítico, saliendo á un camino á amenazar de muerte á un pobre hombre que camina á pié detrás de un borriquillo, fatigado con la carga de su mujer y su hijo. No soy yo el que, sin venir á cuento, hace que una madre circuncide á su hijo con una piedra de chispas, operación que debió hacer poner el grito en el cielo al pobre chico. No soy yo el que ha escrito el *sus*, que no sabemos á qué pies se refiere, porque *sus pies*, en el párrafo transcrito, dada la vaguedad de este pronombre posesivo en nuestra lengua, lo mismo pueden ser los pies de Moisés que los pies de Séfora, que los pies del muchacho circuncidado, que los pies de Jehová. Lo único que aquí hay mío es la sospecha vehemente de que si estos pies fuesen los de Jehová, debieran ser el patrón del pie inglés ó del pie patagónico, porque al transformarse Jehová en salteador de caminos, no es de presumir que se

echase unos pies de tres al cuarto, sino un par de pies de padre y muy señor mío.

\*  
\* \*

Da verosimilitud á esta sospecha mía el versículo siguiente, en que aparece Jehová charlando mano á mano con Aaron, hermano de Moisés, á algunas leguas de distancia, recorridas como por ensalmo. Avisado por tan excelente correo, Aaron sale á recibir á su hermano, y lo besa con grande amor. Conferencian largamente, y, poniendo inmediatamente manos á la obra de sacar á los israelitas de Egipto, reúnen á los ancianos del pueblo elegido, para participarles sus proyectos. Estos ancianos, sin duda escamones, como lo son en la *Biblia* todos los profetas con Dios, y todas las personas de seso con los profetas, piden señales de que lo que se les participa de orden de Jehová es cierto, y entonces Moisés debió dejarlos con un palmo de boca abierta y profundamente convencidos de sus tratos con Jehová, mediante sus habilidades en el arte de los encantamientos.

\*  
\* \*

Con haber persuadido á los ancianos, aún quedaba el rabo por desollar, en este negocio de la huida de Egipto. Este rabo eran los egipcios, á quienes debía hacer muy poca gracia perder aquellos excelentes y pacientísimos ladrilleros, canteros, etc., que venían hacia tantos años edificándoles ciudades y proveyéndoles á bajo precio de efectos muy necesarios. Los egipcios, en el *Exodo*, se personificaban siempre en la palabra *Faraón*, nombre que tomaron los reyes de aquel vasto imperio.

Para desollar el rabo, quiero decir, para engatusar á Faraón, Moisés decide presentarse en Palacio. Pero Moisés, con todo su talento, con toda su ciencia y con todas sus intimidades con



Jehová, tenía muy poco de lo que le sobra á Castelar: esto es, palabras bonitas, frases rotundas, períodos armoniosos y ademanes seductores; en suma, no era elocuente. Tardo y balbuciente de palabra, nombra por vocero ó procurador á su hermano Aaron, y resuelta esta no pequeña dificultad, presenta á Faraón la siguiente embajada:

«Jehová, el dios de Israel, dice así: Deja ir á mi pueblo á celebrarme fiesta en el desierto.»

Yo no creo una palabra de toda esta relación; pero quisiera creer en ella para darme el placer de imaginarme la cara que pondría Faraón al oír este engaño; pues Moisés miente como un bellaco, por encargo de Jehová. Lo de ir al desierto era un pretexto: una vez allí... la del humo.

Con la mayor naturalidad del mundo, Faraón replica:—¿Quién es Jehová? No tengo el honor de conocer á ese caballero.—Tal vez burló á expensas del recién nacido Dios un buen rato. Después toma la cosa en serio, despidiendo mal humorado á los dos hermanos unidos para engañarle, y, figurándose, no sin algún fundamento, que aquella inusitada petición de una *juerga* para todo un pueblo debían ser fantasías de ociosos, ordena que se les niegue paja á los israelitas ocupados en la fabricación de ladrillos. Y aquí fué ella. Los hebreos tuvieron que sudar la gota gorda en los rastrojos, en busca de combustible, lo que nos permite imaginar la vil condición y el abyecto estado de aquel pueblo que, con un mal gusto inconcebible, elegía Jehová para servirle y honrarle.

Los capataces hebreos, después de algunas azotainas crueles de los cuadrilleros egipcios, se quejan amargamente á Faraón. Este les dice con mucha sorna: «¿No queríais ir al desierto á festejar á Jehová? ¿Puede ocurrírsele eso sino á la gente ociosa? Pues, amiguitos, á trabajar. ¡No hay paja!»

Comprendiendo la oportunidad del razonamiento faraónico, los capataces maldicen á Moisés y Aaron por haberles encalabrinado para salir al desierto. Y Moisés, viendo que su pretensión ha sido contraproducente, reniega de Jehová y de sus promesas. Y he aquí otra de las cosas que no comprendo: que reniegue Moisés cuando ya Jehová le tiene dicho en el capítulo anterior que Faraón no dejará ir al pueblo. ¿Por qué desfallece ó se llama á engaño? ¿Acaso duda de las palabras de Jehová?

\*  
\*  
\*

Sigamos con esta pesadísima relación. Jehová consuela con nuevas promesas á su desalentado profeta, manifestándosele con este nombre por vez primera, aunque desde el *Génesis* se le llama de este modo á Dios, que es otra prueba de que así es este libro de Moisés, como que el Cid estuviese en Roma y faltase al respeto al Santo Padre. Porque se me figura á mí que si Moisés le hubiese escrito, amén de mil contradicciones y repeticiones, en vez de decir constantemente *y dijo Dios á Moisés, ó habló Dios á Moisés*, hubiera dicho *me dijo Dios, ó me habló Dios* de esta ó de la otra manera.

Viendo el profeta que las palabras no habían hecho mella al rey egipcio, se decide á intimidarle con sus encantamientos, figurándose honradamente que Faraón se quedaría extático, como los ancianos de Israel, ante los cubileteos, escamoteos y mágias que sabía. Provisó de la varita que le había regalado Jehová, y acompañado de Aaron, su hermano, cómplice y *tornavoz* (pase la palabra en honor al diputado que acaba de hacerla notoria en estos pasados días), se encamina de nuevo á Palacio. Expone su demanda, dice el rey que nones, y entonces, sacando Aaron su argumento de acebo, tira la vara en presencia del rey, y ¡oh pasmo! la vara se

convierte en culebra. ¿Cómo dudar ya de Jehová? El que convierte una vara en serpiente, ¿no demuestra palmariamente que tiene dominio absoluto sobre la naturaleza? ¿Puede este dominio tenerle sino por delegación y permiso de Dios?

Yo por mí declaro que al que una vara la convierta delante de mí en serpiente, le concedo lo que pida, le hago lo que quiera, incluso rey, que es el mayor sacrificio que pudieran hacer mis entrañas republicanas. ¿Cómo, pues, Faraón, al ver la vara hecha serpiente, no accedió á la petición de Moisés? Porque se echaría la cuenta que yo me hago, y es muy sencilla. Si éste hace de una vara una serpiente, que es lo más imposible del mundo, ¿por qué no hace lo que me pide, siendo cosa tan sencilla, como es el echar á andar? ¡Aquí hay camama!

Y, en efecto, Faraón, sonriendo ante aquella pipiolada de la magia, manda llamar á sus encantadores, y éstos, tirando cada cual su vara, las convierten en serpientes. Hoy estas serpientes, chiquitinas para más comodidad, metidas en sus canutos de madera, no valen, al por mayor, arriba de á duro el ciento, ni entretienen más que á los chiquillos.

Verdad es que el *Exodo* dice que la serpiente de Aaron se comió á las otras; pero como es el autor del libro israelita, pasémosle este desahogo sin comentarios.

\*  
\*  
\*

Todos los absurdos y niñerías que preceden son tortas y pan pintado para los que siguen, conocidos vulgarmente con el nombre de *las siete plagas de Egipto*. El disparate llega á la enormidad. Jehová, por intermedio de Moisés, hace siete locuras para rendir á Faraón, con las cuales el *Exodo* demuestra todo lo contrario de lo que pretende, esto es, que Jehová sea omnipotente y sabio.

*Primera locura.*—Aaron alza su vara, aquella misma que se convirtió en serpiente, que se comió á las otras, y en el acto las aguas todas del Egipto se convierten en sangre. Los encantadores egipcios hacen lo mismo, y Faraón sigue en su negativa. ¿Puede darse majadería más inocente que esta patraña, que desdora á la divinidad misma cuyo nombre se invoca?

*Locura núm. 2.*—En vista de que las aguas convertidas en sangre no dan resultado, Jehová conversa de nuevo con Moisés y le ordena otra tontería. Aaron alza la vara consabida y sobrevienen infinitas ranas que salen del río y se meten bonitamente hasta en la cama de Faraón. Los encantadores hacen otro tanto. ¿Puede dudarse que si en Egipto hubiera sucedido semejante cosa no se hubiera conservado indeleblemente en la memoria de mil generaciones el recuerdo de aquel *canturreo* universal é inaguantable?

*Locura ó porquería núm. 3.*—Burlados tres veces Moisés y Aaron por los encantadores, discurrendo con el mismísimo diablo, patrón de la suciedad, alzan la vara y convierten todo el polvo de Egipto... ¿en qué dirá el lector?... Pues, con perdón del mismo, en piojos.

Lo único que se me ocurre, al ocuparme de este embuste, es deplorar que el bueno de Benito Labre, aquel padre de la mugre, que por haber amado tanto á esos señores parásitos en el siglo pasado, ha sido elevado á la dignidad de *santo* en nuestros días, no estuviera presente en Egipto cuando esto aconteció. ¡Oh! ¡Y qué brillante ocasión le hubiera la vara de Moisés deparado para desplegar su inmensa caridad! Ya me parece estar viéndole alimentando un centenar de estos animalitos en cada pelo de la barba, acariciar una docena de gimnastas en cada pelo del pecho, y cobijar, como padre cariñoso, á los más débiles y enfermos en los recónditos lugares

de su cuerpo glorioso, según la iglesia romana, en que el calor es más continuo, elevado y propio para la salud y lozanía de estos seres, hijos también de Dios.

## XII

Los encantadores egipcios, más indoctos que Moisés en porquerología, no acertaron á sacar piojos, y, rascándose los que les había encajado encima la sabiduría del salvado de las aguas, dicen á Faraón: «Dedo de Dios es esto.» Mas á Faraón debían mortificarle poco estos parásitos, porque se mantiene en sus trece, digo, en su negativa de la *juerga* en el desierto.

Entonces Jehová, directamente y sin necesidad de la consabida varita que alzaba Moisés, ejecuta otra bobada muy poco limpia, cual es la plaga *núm. 4*, consistente en toda suerte de moscas, que lanza sobre los desdichados egipcios, dejando libre de ellas la tierra de Gosen, que habitaban los hebreos. Estas moscas debían mortificar algo más á Faraón que los piojos (de lo cual pudiera inducirse que sería calvo), pues entra en tratos con Moisés para lo de sacrificar á Jehová, con tal de que lo haga *en la tierra*, palabra vaga que no sabemos á qué se refiere. De todos modos, cuando las moscas mueren, se endurece de nuevo y niega la salida.

Y con esto llegamos á la plaga *núm. 5*, que consiste en la muerte de *todo el ganado de los egipcios*, salvándose de esta mortandad universal el ganado de los hebreos. Este cuento insulso en la propia continuación del *Exodo* se desmiente; pues al poco de esta plaga, en que perece *todo* el ganado de Egipto, salen los hebreos, y tras ellos, en su persecución, los egipcios en sus carros de guerra, tirados por caballos. ¿De dónde diablos habrían sacado los egipcios estos caballos, después de muerto *todo* su ganado? ¡Palabras, palabras, palabras! puede exclamarse aquí,

como en otros muchos parajes, parodiando al héroe de la tragedia inglesa.

*Plaga núm. 6.*—Por orden de Jehová, Moisés se planta delante de Faraón, arroja al cielo ceniza, y en el acto, todos los egipcios, los magos inclusive, se ven atacados de sarpullido, que causaba tumores cancerosos. Esta barbaridad de Jehová hace rascarse á todo el mundo inútilmente, pues Faraón no se ablanda por ello, como Jehová ya sabía que había de suceder, y en este conocimiento anterior veo yo claramente la barbarie de que me permito hablar.

*Plaga núm. 7.*—Hállase relatada muy por menudo. Jehová se las echa de Dios y envía á decir por Moisés á Faraón que deje ir al pueblo, ó se van á ver las caras. Faraón toma la cosa á chacota, y Moisés alza las manos, armándose el gran jollín en el firmamento, de donde cae granizo y fuego que arrasan el Egipto. Asustado por los truenos, Faraón llama á Moisés y le deja presumir la orden de partida. Moisés, alzando las manos, para la tempestad y Faraón se le rie de haberle creído.

*Nota.* El granizo mata muchos ganados, siendo así que ya habíamos leído la muerte de todos ellos por la plaga *núm. 5*.

*Otra nota.* En la consabida tierra de Gosen no hay granizo.

*Plaga núm. 8.*—Un viento oriental trae sobre Egipto infinitas langostas. No quiero ocuparme de esta nueva invención vulgarísima del *Exodo*. Sólo advertiré que, aunque dije *siete plagas*, siguiendo la rutina, la numeración acusa ocho, si no miente mi cuenta que antecede, para que en la *Biblia* todo ande falto de exactitud. Sucede con las siete plagas lo que con las *siete cabrillas*, aunque en orden inverso. Cuento las estrellas y no hallo más que seis, aunque les llaman *siete*: cuento las plagas, y hallo *ocho*, aunque dicen *siete*.